

# SELECCION CORRECTA

¡Su decisión determina su destino!

## Solamente Dos Caminos

Todos somos viajeros por la vida. La Palabra de Dios hace muy claro que hay solamente dos caminos que uno puede viajar hacia su destinación. Cristo Mismo declara este hecho en Mateo 7:13-14:

«Entren por la puerta estrecha. Porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la destrucción, y muchos entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran.» Hay solamente dos caminos, la vía a la vida y la vía a la destrucción. Hay solamente dos caminos, la estrecha y la

ancha. Todo el mundo anda por un camino o el otro.

El Señor no ha escondido de nosotros el camino hacia el cielo, la vía de vida, o el sendero de la salvación. En Juan 10:9 Jesús dijo, «Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Se moverá con entera libertad, y hallará pastos.» Otra vez en Juan 14:6, Él dijo, «Yo soy el camino, la verdad y la vida – le contestó Jesús –. Nadie llega al Padre sino por mí.» Cristo es el camino a la vida. Todos que le reciben a Él como Señor y Salvador están en el camino hacia el cielo.

Pero el hecho verdadero es que todos los hombres no están dispuestos a entrar por la puerta o de ir por el camino de la Cruz de Cristo. Muchos buscan su propia vía de salvación.

Isaías 53:6 dice, «Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.» Salomón añade en Proverbios 14:12: «Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte.»

Cristo es la puerta y la vía que nos guía al cielo y a la vida eterna. El rechazo de Cristo es la vía que nos guía a la muerte y al infierno. ¿Por cuál camino anda usted?

## Solamente Dos Destinos

Hay solamente dos destinos para todos. La eternidad nos espera a todos. Aunque uno trate de desechar la idea de la eternidad, no se la puede evitar. Todos tenemos que pasar la eternidad en algún lugar. El cielo y el infierno nos están claramente presentados en las Escrituras como el destino de los salvados y los no salvados respectivamente.

Jesús les anunció a Sus discípulos, «En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas...Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevarme conmigo.» (Juan 14:2-3).

Él también dice, «Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo...yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.» (Juan 10:9-10).

A los que rechazan a Cristo y no irán por la puerta estrecha Jesús advierte, «¿Cómo ustedes pueden escapar la condenación al infierno?» Él también advirtió, «Vendrán los ángeles y apartarán de los justos a los malvados, y los arrojarán al horno encendido, donde habrá llanto y rechinar de dientes.» (Mateo 13:49-50).

Jesús dijo, «Eftuércense por entrar por la puerta estrecha – contestó –, porque les

digo que muchos tratarán de entrar y no podrán. Tan pronto como el dueño de la casa se haya levantado a cerrar la puerta, ustedes desde afuera se pondrán a golpear la puerta, diciendo: “Señor, ábrenos.” Pero él les contestará: “No sé quiénes son ustedes.” Entonces dirán: “Comimos y bebimos contigo, y tú enseñaste en nuestras plazas.” Pero él les contestará: “Les repito que no sé quiénes son ustedes. ¡Apártense de mí, todos ustedes hacedores de injusticia!” Allí habrá llanto y rechinar de dientes...» (Lucas 13:24-28).

También habrá un momento cuando Cristo mirará a Su pueblo y dirá, «¡Hiciste bien,

siervo bueno y fiel!...¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!» (Mateo 25:21).

A otros Él dirá, «Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.» (Mateo 25:41).

El infierno será un lugar horrible. Las palabras no pueden describir los remordimientos y las miserias del infierno. Tampoco pueden las palabras describir las bellezas del cielo.

Escoja usted hoy el destino correcto. Ponga su fe este mismo momento en el crucificado, resucitado, eterno Hijo de Dios. ¡Tómele a Él como su Señor y Salvador! ¡En un solo respiro podemos enfrentar a la eternidad! Nuestro futuro es muy incierto. Esta pudiera ser su última oportunidad para hacer la selección correcta.

## ¿Cómo Obtener La Salvación?

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en sus palabras a Nicodemo, nos dice cómo obtener la salvación: «Tendrás que renacer.» No hay otra manera.

Nadie tiene la salvación por «recibir una religión». Ni por «hacerse miembro de la iglesia». Ni por «voltar una nueva hoja o página en su vida, y tratar de servir a Dios.» Ni por orar, confesando sus pecados, y avergonzarse de ellos; ni por pedirle a Dios perdón de sus pecados. Por ninguno de estos medios se obtiene la salvación; – la oración y la confesión de los pecados es la preparación para la salvación.

La salvación se obtiene al recibir definitivamente al Señor Jesucristo. «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24).

# La Respuesta A La Juventud

Por Jack Wyrzten

Si ha habido algún día en que el mundo ha necesitado oír buenas nuevas, ¡es hoy! La gente del mundo está confundida y teme el futuro. Los problemas a los que se enfrenta y sus gobiernos, les hacen sentir inseguridad, aunado al hecho de reconocer que no tienen el gozo verdadero y la paz en sus corazones.

La Biblia contiene la única respuesta a esos problemas, porque la Palabra de Dios nos dice que el «*evangelio... es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree...*» (Romanos 1:16). Yo he experimentado este poder de Dios en mi propia vida, y sé que es verdaderamente efectivo.

Antes de ser salvo, pasaba las noches dirigiendo una orquesta de baile, tocando para clubes de fraternidad y bailes para señoritas. Durante el día trabajaba en el negocio de seguros. Juntamente con todo esto, me uní a la Banda de la Caballería 101 en Brooklyn. Ahí, una noche por semana, montado a caballo tocaba mi trombón.

En mi vida tan ocupada, no encontraba mucho tiempo para Dios o la Biblia, hasta que una noche un compañero mío llamado Jorge, de la Banda del Ejército de los Estados Unidos, me dio un Evangelio de San Juan. Mirándole, pregunté cuál era su idea, porque él era el último que yo esperaba ver con una Biblia bajo el brazo.

Entonces me dijo que había aceptado al Señor Jesús como su Salvador personal, y que había sido salvado maravillosamente. Traté de regresarle el Evangelio de Juan, asegurándole que yo no tenía el menor interés en leerlo, pero él insistió en que me lo llevara.

Bueno, por fin para ser cortés, tomé el Evangelio de Juan y lo puse en mi bolsillo. Mientras que estaba parado en la estación del tren de camino a la casa, puse la mano en mi bolsillo y encontré el Evangelio de San Juan. Lo saqué y leí: «El Evangelio de San Juan.» ¡Qué casualidad! ¡San Juan, no más! De alguna manera tan sólo el pensamiento de «Santo» me ardía por dentro. Pensé: «¡Oh, qué niño o qué santurrón soy para traer conmigo el «Evangelio de San Juan!»»

Así que, lo rompí en pedazos y lo tiré de la plataforma de la estación.

Mi amigo: eso era lo que yo pensaba de la Palabra de Dios hace unos años. Poco reconocía yo esa noche mientras que estaba parado allí rompiendo en pedazos la Palabra de Dios, que en unos cuantos meses sería yo, roto en pedazos por ese libro, y me vería como un pecador, perdido y necesitando al Salvador del cual la Biblia nos habla.

Era una noche fría de enero cuando rompí el Evangelio de Juan. El siguiente lunes por la noche me encontré con Jorge otra vez. La primera pregunta que me hizo fue:

—Jack, ¿cómo te va con el Evangelio de San Juan que te di la semana pasada?

—¿Evangelio de San Juan? ¿Qué Evangelio? ¡Oh, dices aquel librito rojo!

—Sí, ¿lo has leído? —preguntó.

—¿Leído? Sabes, Jorge, lo tiré antes de llegar a casa. —

—¿De veras? —contestó—. Bueno, aquí hay otro.

—Oh —dije—, mira, Jorge, no comencemos eso otra vez.

Como quiera, semana tras semana Jorge siguió dándome tratados y evangelios. Cuantos más me daba, más los tiraba.

Pasaron seis meses, y fuimos al campo del ejército juntos.

—De seguro que a Jorge se le olvidará todo acerca de su vieja religión, en este ejército de hombres, bebiendo, apostando, maldiciendo —yo pensé, porque sabía que el verano anterior Jorge había cometido toda clase de pecado que un soldado podía cometer.

El primer día que estuvimos en el campo del ejército, oí a varios de los muchachos usar el nombre del Señor en vano, despreciándolo hasta lo máximo. Vi que Jorge habló a uno de ellos, y le dijo:

—Mira, muchacho, el nombre que estás usando es el nombre que me está llevando al cielo.

¡Eso me llegó al corazón!

Sabía también que un cristiano leería su Biblia y se arrodillaría antes de acostarse. Entonces pensé:

—¡Seguramente Jorge nunca leerá su Biblia ni orará con estos muchachos a su alrededor!

Sonó un golpe; apagaron las luces, y Jorge no había leído su Biblia ni orado. Todos estábamos acostados, pensando que él tenía miedo de hacerlo.

Pero ¡espere un momento! ¡Jorge estiró la mano dentro de su bolsa de cuartel, y agarró su Biblia y linterna, y allí se sentó en la orilla del catre! Todavía lo puedo ver. Después de haber leído por un tiempo, se arrodilló para orar. Le podíamos maldecir, tirar zapatos o cualquier otra cosa, pero él se quedaba allí hasta que había terminado. ¡Él era un hombre!

Después de ver a este amigo allí en el campo del ejército por dos semanas completas, veinticuatro horas al día, y notando el cambio tan maravilloso en su vida, yo decidí que

él tenía algo que yo no tenía. ¡Cuánto él tenía, yo lo quería!

Ese verano cuando regresamos del campo del ejército, encontré un Evangelio de San Juan y comencé a leerlo. El siguiente otoño la banda se volvió a unir. Mi amigo, Jorge, me invitó a una reunión en Brooklyn donde el evangelio sería predicado, y fui con él.

En esa reunión varias personas se pusieron de pie, uno tras otro, y contaron lo que valía Cristo para ellos. Todo esto era nuevo para mí, porque aparte del testimonio de Jorge, nunca había oído tal cosa antes. Pero esa noche Dios, en su misericordia, me dio gran convicción. Me enojé. No me gustaba la manera en la que el predicador hablaba acerca de un cielo y un infierno real, y de la segunda venida del Señor Jesucristo. Nos habló directamente de que la única esperanza de ir al cielo era el nuevo nacimiento.

Como no me gustó, salí de la reunión enojado. Esa noche en la casa, mientras estaba acostado en la oscuridad de mi cuarto, parecía que toda la oscuridad de la eternidad estaba sobre mí. Reconocí por primera vez en mi vida que yo también, era un pecador; pero Jesucristo, Hijo de Dios, murió y dio su sangre en la cruz del Calvario por mí. No sé cómo, pero me salí de la cama, me puse de rodillas y confesé a Dios que mi vida había sido manchada, marcada y ensuciada por el pecado. Allí mismo le pedí en esa hora que me salvara por amor a Jesús.

No recuerdo cómo o qué oré esa noche, pero sé que pasé de muerte a vida, del poder de Satanás a Dios. Mis ojos fueron abiertos y el perdón de mis pecados fue mi recompensa. Esa noche Jesucristo vino a ser real para mí. Lo que hizo por mí, estimado amigo, lo puede hacer y lo hará por usted, si quiere, porque: «*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.*» (Juan 1:29).

¡Hablamos de poder atómico! Bueno, el evangelio de Cristo es mucho más poderoso que eso. Estimado, el poder de Dios es el que puede salvar lo dañado y reclamar lo desamparado y perdido.

Hombres y mujeres pecadores, que únicamente creen en el Señor Jesucristo, serán salvos por toda la eternidad. Porque nuestro, «*Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.*» (Romanos 5:8). Note en 1 Timoteo 1:15 donde Pablo dice: «*Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores.*» Romanos 5:6 dice: «*Cristo... murió por los malvados.*» Pero Gálatas 2:20 dice: «*Cristo... dio su vida por mí.*»

Es maravilloso decir que Cristo murió por mí. ¿Usted lo puede decir?

# Cristo Nuestro Substituto

Dios no pudo haber hecho ningún sacrificio más grande que hizo Él cuando dió a Su propio Hijo querido para traer de nuevo a un mundo perdido hacia Él Mismo.

La transgresión de Adán había traído la condenación y la muerte a la raza humana entera. «*Por medio de un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por medio del pecado entró la muerte; fue así como la muerte pasó a toda la humanidad, porque todos pecaron.*» (Romanos 5:12).

La ley sagrada de Dios ha declarado, «*La persona que peque morirá.*» (Ezequiel 18:4). Su ley sagrada había estado rota. El gran corazón de Dios se lamentaba de haber creado al hombre, porque el hombre por su propia acción se había separado a sí mismo de Dios, la mismísima fuente de la vida.

El pecado nos separa de Dios. «*Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios. Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para no escuchar.*» (Isaías 59:2).

Hay una sola manera de acercarnos a Dios. Jesús dijo, «*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí.*» (Juan 14:6).

Aunque somos pecadores, «*Porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan.*» (2 Pedro 3:9). Dios en Su infinita misericordia y amor, ha suplido una vía por la cual cada alma pecadora arrepentida que quisiera, pueda ser salvada.

Para salvar al hombre perdido y pecaminoso de la penalidad que lleva la ley fracturada de Dios, un sustituto tenía que estar suplido. Entonces, Jesús, el querido hijo de Dios Mismo, vino al mundo para ser el sustituto del hombre, para sufrir la penalidad de la ley rota de Dios.

El juicio que el pecado del hombre se mereció, cayó sobre Jesús, el Cordero sin mancha de Dios. Escúchenle a Él en Getsemaní cuando a Él se le acercaba la cruz: «*Es tal la angustia que me invade, que me siento morir...Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad...¿y acaso voy a decir: "Padre, sálvame de esta hora difícil"? ¡Si precisamente para afrontarla he venido!*» (Mateo 26:38,42; Juan 12:27).

Mírenle a Él en la cruz en agonía. Escúchenle a Él cuando grita, «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Salmo 22:1).

«*Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nues-*

*tra paz, y gracias a sus heridas fuimos salvados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.*» (Isaías 53:5-6). Cuando Jesús gritó en la cruz, «*¡Todo está cumplido!*» la obra de la redención se cumplió. La penalidad de la ley quebrantada de Dios había sido pagada en pago total. «*Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios. Él sufrió la muerte en su cuerpo, pero el Espíritu hizo que volviera a la vida.*» (1 Pedro 3:18).

«*Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras.*» (1 Corintios 15:3). Él

## La Sangre Salvadora De Cristo

Hay una sola cosa que puede remover la mancha del pecado que está profundamente grabado en el alma de cada hombre. Esa cosa es la sangre. Pero no una sangre cualquiera. Tiene que ser la sangre derramada de Cristo Jesús, el Cordero de Dios. Es la sangre que fue designada por Dios para hacer la expiación por el alma para quitar la mancha del pecado del alma del hombre. Fue la sangre derramada, y no la sangre en las venas del sacrificio, sino la sangre sobre el altar.

«*Porque la vida de toda criatura está en la sangre. Yo mismo se la he dado a ustedes sobre el altar, para que hagan propiciación por ustedes mismos, ya que la propiciación se hace por medio de la sangre.*» (Levítico 17:11).

Si no hay sangre, no hay salvación. Si no hay sangre, todavía existe un alma manchada. Si no hay sangre, no hay vida eterna. Está escrito en la Palabra de Dios, «*Pues sin derramamiento de sangre no hay perdón.*» (Hebreos 9:22). Hay una suma importancia en la sangre derramada de Jesucristo, porque es la única cosa que separará el pecado del pecador.

Muchas personas dependen de otras cosas para quitar la mancha del pecado de sus almas, pero Dios dijo: «*Que la propiciación se hace por medio de la sangre.*» (Levítico 17:11). Antes de que Jesús viniera al mundo, los animales fueron usados como los sacrificios inocentes en lugar de la persona culpable. Después de que viniera Jesús, Él hizo el sacrificio supremo. Él voluntariamente se hizo el «*Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.*» (Juan 1:29).

La sangre de los animales sacrificiales no quitaba los pecados del pueblo (Hebreos 10:4), sino que apuntaba al Único que ven-

había dicho, «*Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo de nuevo el mundo y vuelvo al Padre.*» (Juan 16:28). «*Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de la Majestad en las alturas...entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo...logrando así un rescate eterno.*» (Hebreos 1:3; 9:12). «*Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios.*» (Juan 1:12).

Usted puede abrirle a Él la puerta del corazón suyo, confesando sus pecados y su necesidad de Su sangre purificante. «*Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad...la sangre de su Hijo Jesucristo nos limpia de todo pecado.*» (1 Juan 1:9; 1:7).

dría y quitaría los pecados y que haría expiación adecuada para que no tuviera necesidad de más sacrificios. La sangre de Jesucristo, la quita – pecado, fue suplida para todos que se harían disponibles al privilegio de usarla.

Hoy en día muchos están dependiendo de otras cosas en vez de la sangre de Jesús para purificar sus almas. Ellos quieren sentir su salvación, quieren ganarla, a realmente trabajar para recibirla, quieren merecerla, haciendo un acto destacante o varios actos, por vivir completamente por la Ley Dorada, por tener morales limpios, buenas obras, por ser de una familia religiosa o por hacer lo mejor que puedan. Pero la salvación es gratis. Usted no la puede ganar, y está dentro del alcance de todos.

Las teorías del hombre no pueden limpiar el alma del pecado; ni pueden quitar la mancha del pecado. Dios Mismo designó a un quitador del pecado, pero si no está aplicado con fe, la mancha se queda. Dios ha hecho la parte Suya con suplir la sangre de Jesús como la quitadora. La parte del hombre es de usarla, o no le vale de nada.

«*Como bien saben, ustedes fueron rescatados de la vida absurda que heredaron de sus antepasados. El precio de su rescate no se pagó con cosas perecederas, como el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin defecto.*» (1 Pedro 1:18-19).

Para que un hombre pueda hacer su parte, él tiene que reconocer su necesidad. Sea lo que sea su puesto en la vida, su alma lleva la mancha del pecado, y Dios no hace ninguna diferencia entre una persona y otra (Hechos 10:34). Él es un Dios justo y ha preparado el mismo remedio para todos. – C. Morgan

# Supresión Radical

Por Nick Cadena

La pandilla de la que yo formaba parte cuando tenía nueve años estaba formada por muchachos de más edad. Mis padres no sabían casi nada de mis compañeros hasta que fue demasiado tarde como para hacer algo. La mayoría de ellos tomaban barbitúricos, ingerían bebidas alcohólicas, fumaban marihuana o inhalaban goma. Unos cuantos días antes de cumplir los diez años fui arrestado por los policías junto con otros. Desde ese momento en adelante, pasaba más tiempo en la cárcel que fuera de ella. Al pasar de una categoría criminal a otra, ascendía la escala de los estimulantes y narcóticos. Las píldoras estimulantes y otras pastillas multicolores deprimentes me llevaron a la marihuana, y de ahí salté a la heroína.

Había sido sentenciado a tres años en la cárcel de menores en Lancaster, por llevar una pistola calibre 45, que había sido usada en un robo. Cuando se me dejó en libertad a la edad de 18 años busqué a un traficante de drogas y me inyecté heroína. Quedé envenenado.

¡Si solamente pudiese haber visto el futuro que se extendía a mi vista como una interminable película de horrores! Ni me imaginaba siquiera que seguiría envenenado por quince años, transitando por las calles frías y húmedas, procurando con tantas ansias una inyección, que me parecía que iba a morir. Ni me imaginaba siquiera que pasaría en la cárcel horas solitarias y de tortura, mientras que los intestinos se me subían casi por las costillas buscando alivio que sólo podía encontrar en las drogas. Ni pensaba tampoco que me convertiría en mendigo, vago y ladrón, robando hasta a mis propios hijos para juntar dinero suficiente para darme una inyección. Si existe el infierno en la tierra, ese infierno es el mundo en el cual se mueve el drogadicto.

Según un cálculo moderado, durante los cuatro años de mi envenenamiento robé cerca de medio millón de dólares para conseguir drogas. Robaba donde podía; apartamentos, llevándome a veces muebles y ropas. Hurtaba en las tiendas, entraba por la fuerza en comercios y en camiones de reparto, tan sólo para conseguir dinero suficiente para mi próxima inyección.

Cierta noche me encontré en un autobús

de la ciudad. No sé cómo me subí. Me senté en el último asiento y de repente me di cuenta de que estaba sentado sobre algo incómodo. Palpé y vi que era un pequeño libro negro. Cuando me bajé bamboleando del autobús para dirigirme a mi departamento, me lo llevé conmigo. Más tarde descubrí que este libro negro era la Biblia. No tenía intención alguna de leerlo, pero algo me impulsó a meterlo en uno de los cajones de la cómoda. Ni me imaginaba siquiera que seis meses más tarde recurriría a este pequeño libro negro para hallar libertad de la esclavitud.

Una hermosa mañana de domingo del mes de marzo de 1965 salí de la casa para encontrarme con Campbell, mi traficante de drogas, un adicto de aproximadamente mi edad. Caminaba tambaleándome por las calles, enfermo, vomitando y ansiando ayuda. Me encontré con Campbell en su casa.

—Eh, Nick — me dijo —. ¿Sabes una cosa? Va a venir una señora que va a hablar de Dios. He asistido a sus cultos antes. Creo que puede libertarnos. Hombre, me va a costar algo porque tú eres mi mejor cliente. Pero Nick, te vas a morir si sigues así. Vamos, ¿de acuerdo? Quizás ella ore por nosotros dos y así podremos quitarnos este vicio, ¿eh?

Yo no me sentía como para escuchar sus tonterías. Tiré el dinero sobre la mesa, y extendí los brazos procurando que me diera la heroína. Campbell comprendió mi desesperación y de inmediato me entregó el polvo y los «utensilios», lo que necesitaba para preparar la inyección.

Después de ponerme la inyección, de inmediato me invadió una sensación de calma y tranquilidad. Dejé de temblar, y durante un largo rato permanecí sentado.

—Eh, hombre — dije finalmente —. ¿Qué dijiste de esa predicadora?

—He ido a algunos de sus cultos — me respondió Campbell —. ¡Es formidable! Hay tipos que se sanan de toda enfermedad. Y apostaría cualquier cosa que si ella ora, poniéndote las manos encima, te curarás del vicio. ¿Quieres ir?

Había probado tantas cosas y nada me había dado resultados. Ahora la desesperación me mataba, y estaba dispuesto a probar cualquier cosa, aun eso.

Y fue así que aquella noche Campbell y

yo nos encontramos en una de las galerías del espacioso templo. No había asistido nunca a un culto en la iglesia. Jamás había escuchado el evangelio. El lugar estaba atestado de gente. Nunca había visto una multitud semejante. Todos alababan a Dios. Pero el sermón... bueno, me era difícil entenderlo. En realidad, ni siquiera escuché. Los efectos de la inyección comenzaron a debilitarse y me empezaba a invadir ese sentimiento de tensión y de ansiedad que se apodera del drogadicto inmediatamente antes de recibir otra inyección.

De repente, Campbell me tocó con el codo.

—Eh, Nick, están haciendo un llamado al altar. Vamos. Bajemos. Orará por ti, pondrá las manos sobre ti y sentirás libertad. Vamos.

Moví la cabeza negativamente, pero insistió y al fin bajé las escaleras hasta el vestíbulo y comencé a caminar por el pasillo que me llevaba al frente del auditorio.

Como a mitad del camino emprendí el regreso. Campbell me agarró del brazo. —Eh, ¿qué te pasa, hombre? No puedes volverte ahora. Todos te miran, tienes que seguir.

Accedí de mala gana, pero pude ocultarme detrás de la gran multitud que se había congregado en el frente durante el llamado al altar. De repente, la multitud pareció dividirse y vi a la señorita Kuhlman que me miraba directamente.

—Usted — me dijo, señalándome con el dedo —. Usted, joven, usted necesita a Jesús. Si viene ahora mismo oraré por usted.

Eché una mirada a ambos lados. No podía estar hablándome a mí. Yo no sabía quién era, ni ella sabía lo que yo estaba haciendo allí. Pero seguía señalándome con el dedo. Y comenzó a señalarme a mí, llamándome para que yo diera un paso adelante. Traté de darme vuelta y huir, pero la gente se había congregado a mi alrededor y no podía salir.

—A usted le hablo, joven — me dijo de nuevo con voz autoritaria —. Venga aquí y oraré por usted.

Me encontré caminando por aquel corredor de gente. Cuando llegué a donde ella estaba, me puso las manos en la cabeza y comenzó a orar. Entonces le dirigí una mirada fulminante y volví apresuradamente a donde estaba Campbell.

—Hombre, salgamos de aquí. No puedo soportar esto. Esa mujer me irrita. Hombre, tengo que ponerme una inyección.

Aún me tambaleaba bajo el tremendo poder que había corrido por mi cuerpo. Pero

había algo más. Tenía miedo; tenía más miedo del que había sentido toda mi vida.

Regresamos a la casa de Campbell, donde recibí otra inyección. No surtió efecto y le dije que me preparara otra.

—Nick, corres peligro de recibir una dosis excesiva. Puedes morirte.

—No puedo remediarlo — le dije —, algo me ha pasado y tengo que recibir una inyección para calmarme.

Esa noche tuve pesadillas. Varias veces me desperté gritando. Recordé la Biblia y apenas caminando fui a la cómoda, hurgué entre las ropas y la encontré. Paulina prendió la luz y yo me senté al borde de la cama, abrí la Biblia y comencé a leer. Era el libro de Apocalipsis. No entendía nada de lo que leía, pero leí todo el libro. Luego Paulina y yo pasamos el resto de la noche hablando. Se dio cuenta de que algo extraordinario me había acontecido, algo sobrecogedor, pero era tan incapaz como yo de enfrentarse con ello.

—Si algo me pasa, no estoy listo — le dije.

—¿Listo para qué, Nick? — me respondió.

—No estoy listo para morir — dije con un sofoco —, y creo que voy a morirme.

—¿Cómo se alista uno para morir? — me preguntó, con los ojos bañados en lágrimas.

—Yo no sé, no sé, no sé — dije gritando, y me tendí sobre la cama golpeando el colchón con los puños —. Todo lo que sé es que no estoy listo.

Y en esa condición pasé tres meses hasta que me parecía que iba a enloquecer. Gastaba 100 dólares por día en heroína y comía solamente cuando Paulina me obligaba a hacerlo. No lo sabía entonces, pero desde el momento en que la señorita Kuhlman me puso las manos, el Espíritu Santo había comenzado a manifestarse en mi vida. Comprendí que había trabajado a mi alrededor por un largo tiempo. Me había dado una Biblia. Me había llevado a casa de Campbell para que me llevara al culto. Pero aquella noche el Espíritu Santo había entrado en mi vida y estaba ahora bajo lo que ahora sé que es la convicción de pecado en mi vida.

Luchaba, corría, combatía con todas las fuerzas de mi ser. Y sin embargo, como Saulo en el camino a Damasco, el hombre llega al límite de sus fuerzas y tiene que someterse a Dios.

Y fue así que una noche, la primera del verano, llegué casi cayéndome a las gradas del Centro de Rehabilitación Teen Challenge en Los Ángeles. Sabía que esa gente estaba dedicada a ayudar a drogadictos a librarse del vi-

cio. No sabía qué procedimientos empleaban. No sabía personalmente nada de ellos. Todo lo que sabía era que necesitaba librarme del vicio y la gente me había dicho que me ayudarían.

En el mismo momento en que entré por la puerta, sentí el poder del Espíritu Santo de nuevo sobre mí, muy semejante a aquella noche en el templo. Y lo que había comenzado aquella noche en el culto de Kathryn Kuhlman tres meses antes se completó en el Centro de Rehabilitación donde me curé del vicio mediante la supresión radical de la droga. Me quedé en el Centro de Rehabilitación durante dos meses, orientándome espiritualmente y reponiéndome en lo físico. Cuando regresé a casa, Paulina recibió un nuevo hombre.

Desde entonces, Paulina y mis tres hijitas han entregado su corazón al Señor Jesucristo. Un hombre cristiano de negocios me dio trabajo en un taller de maquinarias. Nunca había trabajado. No tenía tiempo para trabajar puesto que estaba tan ocupado robando. Pero mi nuevo patrón comprendió que necesitaría tiempo para aprender a trabajar y ha sido paciente conmigo. Me da permiso pa-

## La Biblia Es La Palabra Inspirada De Dios

La Biblia es el testimonio de Dios para toda la humanidad en todas partes del mundo y apunta al camino de la vida abundante para todos que la leerán en oración. «*Tu palabra, Señor, es eterna, y está firme en los cielos.*» (Salmo 119:89).

Aunque Dios usó a los hombres para escribir la Biblia, el mensaje viene directo de Dios y no cambiará nunca. Es de eternidad a eternidad. «*La palabra del Señor permanece para siempre.*» (1 Pedro 1:25).

«*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán.*» (Lucas 21:33).

Cuando Dios usó a esos hombres para escribir la Biblia, Él respiró sobre ellos y les dió el mensaje para que ellos lo escribieran. «*Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra.*» (2 Timoteo 3:16-17).

ra predicar y testificar a otros de la maravillosa gracia de Dios. Recientemente me inscribí en una escuela bíblica para crecer en mi conocimiento de la Palabra de Dios.

Recuerdo que hace poco más de tres años no tenía la menor idea del por qué había pasado al frente. Vine solamente porque alguien me obligaba a hacerlo. No sabía lo que había pasado. Nadie me enseñó, ni tenía escuela dominical donde asistir, ni pastor que me guiara. Todo lo que tenía era un ejemplar de la Biblia que había encontrado en un autobús, y al Espíritu Santo. Pero el efecto fue permanente y así ocurrirá ahora también.

—Tomado del libro, «Dios Puede Hacerlo de Nuevo», por Kathryn Kuhlman. Propiedad literaria de Prentice-Hall, Inc., y usado con permiso de Prentice-Hall, Inc. La edición en español fue publicada por Editorial Vida, 9405 N. E. Park Dr., Miami, FL 33138 E.U.A.

Pregunte al director de su librería local por más información.

## Nada De Mí Mismo, Y Todo De Ti

Por Teodoro Munod

Oh, el dolor agudo y la tristeza que sentía penetrando muy dentro de mí cuando desdeñosamente dije a Jesús, «Quiero **todo** de mí mismo, y **nada** de ti.»

Sin embargo, me encontré; lo contemplé sangrando en la cruz carmesí; y en mi corazón triste dije en voz débil, «Quiero **algo** de mí mismo, y **algo** de ti.»

Día tras día su misericordia tierna, sanando, ayudando, y extensa, oh, sí, me bajaba, hasta que por fin suspiré: «¡Quiero **menos** de mí mismo, y **más** de ti!»

Aún más alto que los cielos altísimos, y más bajo que el profundo mar turquí, «Señor, tu amor ya me ha vencido: ¡Quiero **nada** de mí mismo, y **todo** de ti!»

SELECCION CORRECTA

Heraldo de Su Venida

P.O. Box 279

Seelyville, IN 47878

U.S.A.

# Mi Arresto Y Rescate

Fue durante la semana de Navidad que fui arrestado y arrastrado a la corte. Yo era un muchacho muy pequeño, de catorce años de edad. Me agarraron en el acto; no tenía ninguna excusa; parecía que no había ayuda o esperanza alguna. Yo era culpable. Me empujaron al banquillo del prisionero. La puerta se cerró con un portazo, y un policía grande se apoyó en la puerta, y parecía mirarme con un grado de satisfacción al pensar que me tenía, y que seguramente yo sería castigado.

Yo me sentía absolutamente desvalido. Ni siquiera podía llorar. Ya había derramado todas las lágrimas que me quedaban en mi sistema. Yo estaba seco y sin emociones, a excepción del hecho que me sentía totalmente aplastado con un sentimiento de culpa y de sentirme perdido. El juez estaba sentado en su gran sillón, pero yo no me atrevía a mirarlo. No tenía ninguna esperanza de que me tuvieran alguna misericordia, y sabía que la justicia sería mi ruina.

La sala del tribunal estaba repleta con las personas. Cuando me agaché en el rincón del banquillo, ellos me estaban mirando fijamente con miradas acusadoras que parecían decir: «Juez, haga que caiga sobre él todo el peso de la ley y libere a la sociedad de sufrir mayores problemas.» Finalmente el dependiente anunció la apertura de la corte y mi caso era el primero. El juez le preguntó al dependiente si el muchacho tenía a alguien para representarlo. «Representar» era una palabra nueva para mí. Yo suponía que mi representante iba a ser mi ejecutor de justicia. El dependiente contestó que yo no tenía a nadie.

El juez dijo entonces a un abogado dentro de la barra: «Yo lo nombro para representar a este muchacho.» El abogado se levantó y caminó lentamente hacia el frente, abriéndose camino por entre las sillas, se acercó al banquillo, empujó al policía a un lado, abrió la puerta y vino hacia donde yo estaba.

Yo, muerto de miedo, me quedé metido lo más posible en un rincón, y con los ojos bien abiertos con terror, miré fijamente a mi abogado. Él tenía una cara maravillosa; era fuerte y calmado, lleno de bondad y de muy buena presencia. Noté una lágrima que le

colgaba de una de sus pestañas. Esa lágrima me ayudó maravillosamente. Él se sentó y pasó su brazo alrededor de mi hombro. Parecía que mis mismos huesos habían se habían dislocado y apenas me atrevía a respirar.

Mi abogado me atrajo hacia él. La presión era tan suave, y sin embargo tan fuerte. Parecía restaurarme y reajustar mis huesos, relajando mis nervios, y comencé a respirar más profundamente. Inclinandose hacia abajo, su barba de seda pasó por encima de mi cara bronceada por el sol, y poniendo sus labios cerca de mi oreja, me dijo: «Mi amigo pequeño, ¿eres culpable?» No podía mentirle, ni siquiera para salvar mi vida.

Con voz temblorosa, contesté: «Sí, señor, soy culpable de mucho, más de lo que usted sabe.»

«Bien,» dijo él, «¿no piensas que será mejor que te confieses culpable y seas tirado sobre la misericordia de la corte?»

Yo no sabía lo que quería decir cuando dijo que sería tirado sobre la misericordia de la corte, pero sentía efectivamente que si él me tiraba, yo caería en el mejor lugar que había para mí, y le contesté en seguida de manera afirmativa. Mi abogado me dio una palmadita suave en la cabeza, y se puso de pie mirando hacia el juez.

Él dijo: «Por favor, Señoría, ha sido mi privilegio de practicar durante muchos años en la corte de su señoría, y he estado contento de notar que los fines de la justicia puedan ser asegurados, y la sociedad puede ser protegida, ha sido la prerrogativa de su señoría de mostrar misericordia. Agradezco a la corte que me haya nombrado para abogar a favor de los intereses de este pequeño muchacho. Él confiesa su culpabilidad. Su corazón está quebrantado. Está lleno de contrición. Él ha sido un huérfano desde su infancia y es dependiente y no tiene dinero y ruega que se le tenga compasión.»

Extendí mis dedos sucios y delgados y tomé el borde de la chaqueta de mi abogado. Me aferré a él con el sentimiento de que si me aferraba a él que él me sacaría a flote. Pensé que su discurso había terminado, pero era solo una introducción. Una quietud profunda cayó sobre el grupo grande de personas reunidas y su voz suave fue subiendo hasta que llenó la sala con una apelación de lo más maravillosa. Él habló de los niños huérfanos, de su soledad, de su condición indefensa, de las tentaciones a que ellos estaban sujetos, de su desolación – como corde-

ros sin un pastor, en un mundo lleno de lobos hambrientos buscando destruirlos.

Habló que hasta que las personas ásperas se ablandaron y los hombres viejos gemían en voz alta. Habló hasta que las lágrimas comenzaron a rodar por la mejilla del policía que, mirándome de forma amable, me susurró para saber si yo no quería un vaso de agua. Yo estaba demasiado ocupado agarrado de la cola de la chaqueta de mi abogado, mirando fijamente su cara maravillosa, y escuchando a sus palabras maravillosas, como para querer alguna otra cosa. Estaba respirando profundamente. Estaba sintiendo que estaba entrando en mí una vida y esperanza nuevas. Me estaba enamorando desesperadamente de mi abogado.

Mi abogado dijo: «Por favor, señoría, si usted en el espíritu de misericordia, sobresee el cargo y deja que el muchacho salga en libertad, yo me comprometo a ser su guardián, para ver que él tenga una casa y protección. Yo me haré cargo de su educación y prometo dar a la sociedad un ciudadano bueno y útil.»

Apenas podía mantenerme sin llorar en voz alta por la gran alegría que sentía. Parecía que mi corazón iba a estallar dentro de mí de gratitud. Yo sentía que si ellos me permitieran poner mis zapatos rotos en el banco en que yo estaba sentado, y estiraba los brazos con mis mangas de la chaqueta rotas alrededor del cuello de mi abogado y besaba su mejilla una vez, ellos podrían sacarme y colgarme, y yo moriría gritando.

En medio de su maravillosa apelación, mi abogado, en lugar de dirigirse al juez como «Señoría», dijo, «Padre Mío.» Esto me impactó. Yo veía que si el juez había nombrado a su propio hijo para suplicar por mí, era más que probable que él consideraría sus ruegos y me mostraría misericordia.

Los hombres estaban llorando por toda la sala del tribunal. Yo tenía ambas manos llenas, agarrado de los bordes de la chaqueta de mi abogado. El policía había puesto su gorra a un lado, había sacado su pañuelo, y tenía la cara enterrada en un mar de lágrimas. Era un momento poderoso en mi juicio. Mi abogado había alcanzado su clímax.

Él exclamó: «Padre mío, este niño por quien yo suplico no es nadie más que mi hermano.» Yo vi en seguida que si el juez era el padre de mi abogado, y el abogado era mi hermano, entonces el juez también era mi padre.

Ya no pude refrenarme por más tiempo. Lancé un gran grito de alegría, salté fuera del

lugar del banquillo y corrí a la plataforma del juez y me tiré sobre su pecho. Él me abrazó largamente, con una tierna presión, que parecía atravesarme enteramente haciéndome una nueva criatura.

Tomándome en sus brazos, se puso de pie y dijo: «Regocijense conmigo, porque mi hijo que estaba muerto ahora está vivo, que estaba perdido fue hallado.»

Toda la multitud en la sala del tribunal irrumpió en lágrimas y risas. Las personas se abrazaban. Parecía que todos querían darme la mano. Felicitaron a mi abogado, y nosotros reímos, y lloramos, y gritamos juntos.

Apenas necesito decirle que la corte era una Iglesia Metodista, que el juicio era un antiguo avivamiento, que la Palabra de Dios me arrestó y me trajo, convicto y culpable, a la barra de justicia; y el eterno Padre era el juez en el trono, y que el Señor Jesucristo era el Abogado que defendió mi caso, obtuvo mi perdón, y aseguró mi salvación eterna.

Yo miro atrás con los recuerdos más tiernos a esa gran ocasión cuando doblado y cargado con la culpa y atado por el pecado, Jesucristo tomó mi caso, rompió mis cadenas, quitó mi culpa, y en el trono del universo, aseguró para mí un perdón completo y gratuito, un perdón bendito y glorioso, y reveló el hecho bendito que el gran Dios – el Juez de todo el mundo – era, y es, mi Padre en el Cielo. – H.C. Morrison

## Decisión

En obediencia al mandato de Dios, aquí y en este momento me arrepiento de todo pecado conocido. Estoy convencido que soy un pecador perdido. Creo que Cristo murió por los pecadores. Recibo a Jesús ahora como mi Salvador personal, como el unigénito Hijo de Dios quien dio su sangre por la remisión de mis pecados. Le tomo como mi guía a quien le daré la dirección de mi vida, como a mi Salvador resucitado a quien confiaré para que me guarde de caer y me salve hasta lo último. Descansando en la seguridad de la palabra de Dios, yo creo que mis pecados son perdonados, por la gracia de Jesús, y yo, creyendo en él, tengo vida eterna (2 Corintios 5:21; Gálatas 3:13; 1 Pedro 2:24; Marcos 2:10; Juan 6:68; Hechos 9:6; Judas 24).

Firma: \_\_\_\_\_

Fecha: \_\_\_\_\_

## Ayudas Para Los Nuevos Creyentes

### 1. Usted debe leer su Biblia diariamente.

«En mi corazón atesoro tus dichos para no pecar contra ti.» (Salmo 119:11).

«Esfuézate por presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse y que interpreta rectamente la palabra de verdad.» (2 Timoteo 2:15).

### 2. Pase tiempo en la presencia de Dios, alabando y orando.

«Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios.» (Salmo 103:2).

«Jesús les contó a sus discípulos una parábola para mostrarles que debían orar siempre, sin desanimarse.» (Lucas 18:1).

### 3. Cuando esté consciente de haberle fallado, confíeselo.

«Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad.» (1 Juan 1:9).

«Quien encubre su pecado jamás prospera; quien lo confiesa y lo deja, halla perdón.» (Proverbios 28:13).

### 4. Sea un testigo para otros.

«Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis

testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.» (Hechos 1:8).

«Vete a tu casa, a los de tu familia, y díles todo lo que el Señor ha hecho por ti y cómo te ha tenido compasión.» (Marco 5:19).

### 5. Reúnanse periódicamente con otros cristianos.

«No dejemos de congregarnos, como acostumbramos hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca.» (Hebreos 10:25).

### 6. Llene su vida con buenas obras.

«Este mensaje es digno de confianza, y quiero que lo recalques, para que los que han creído en Dios se empeñen en hacer buenas obras. Esto es excelente y provechoso para todos.» (Tito 3:8).

### 7. Emprenda algún proyecto para el Señor.

Distribuya folletos. Use sus medios para extender la obra del Señor. Use sus talentos para Él en la Iglesia, la Capilla, la Misión, el Hospital, la Cárcel o el Orfanatorio.

– Tom Olson

## Algunas Bendiciones De Ser Un Cristiano

¡Ahora que usted ha recibido al Señor Jesucristo como su Salvador, usted ha realizado una transacción definida con Él, y Él lo ha recibido!

### 1. Usted ha llegado a ser un hijo de Dios.

«Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios.» (Juan 1:12-13).

### 2. Sus pecados han sido perdonados.

«De él dan testimonio todos los profetas, que todo el que cree en él recibe, por medio de su nombre, el perdón de los pecados.» (Hechos 10:43).

### 3. Usted ha pasado de muerte a vida.

«Ciertamente les aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado, sino que ha

pasado de la muerte a la vida.» (Juan 5:24).  
Vea también 1 Juan 3:14.

### 4. Usted ha recibido la vida eterna como un regalo.

«Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.» (Juan 3:16).

### 5. Usted no será condenado.

«Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús.» (Romanos 8:1).

### 6. Usted tiene un abogado con el Padre – a Jesucristo, el Justo, nuestro Sumo Sacerdote.

«Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo.» (1 Juan 2:1).

# Amigo, Pon Tu Nombre

«Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna.» (Juan 3:16). Aquí tienes la declaración divina del evangelio. El «todo aquel» de Dios significa usted, amigo.

## ¿Quiénes pueden poner sus nombres?

**Pecadores:** «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores.» (1 Timoteo 1:15).

**Impíos:** «Cristo...murió por los malvados.» (Romanos 5:6).

**Enemigos:** «Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo.» (Romanos 5:10).

**Cualquier hombre:** «¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba!» (Juan 7:37).

**Todo aquel:** «Y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida.» (Apocalipsis 22:17).

Así que es evidente que usted está incluido.

## ¿Quiénes NO pueden poner sus nombres?

**Los justos:** «No he venido a llamar a justos sino a pecadores.» (Marcos 2:17). «No hay un solo justo.» (Romanos 3:10).

**Los buenos:** «Pero todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!» (Salmo 14:3).

**Aquellos que «nunca hicieron daño»:** «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios.» (Romanos 3:23).

## Cómo poner su nombre

No únicamente escribiendo su nombre en el texto (aunque eso le puede traer a una decisión) pero –

**Crea:** «Cree en el Señor Jesús; así tú y tu familia serán salvos.» (Hechos 16:31).

**Mire:** «Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay ningún otro.» (Isaías 45:22).

**Oiga:** «Presten atención y vengan a mí, escúchenme y vivirán.» (Isaías 55:3).

**Venga:** «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso.» (Mateo 11:28).

Cada uno de estos son actos muy simples.

Tú haces el acto y de inmediato Dios y su palabra certifican el hecho.

## ¿Por qué poner su nombre?

**Por ser invitado:** «Vengan, porque ya todo está listo.» (Lucas 14:17).

**Por sentir el ruego:** «Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios los exhortara a ustedes por medio de nosotros: En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios.» (2 Corintios 5:20).

**Por sentir la urgencia:** «...Escaper del castigo que se acerca.» (Mateo 3:7).

**Por ser un mandato:** «Dios ...ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan.» (Hechos 17:30).

## ¿Cuándo poner su nombre?

**Ahora:** «Les digo que éste es el momento propicio de Dios; ¡hoy es el día de salvación!» (2 Corintios 6:2).

**Hoy:** «Si ustedes oyen hoy su voz, no endurezcan el corazón.» (Hebreos 3:7,8).

**No mañana:** «No te jactes del día de mañana; porque no sabes lo que el día traerá.» (Proverbios 27:1).

**No después de la muerte:** «Y todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño; porque en el sepulcro, adonde te diriges, no hay trabajo ni planes ni conocimiento ni sabiduría.» (Eclesiastés 9:10).

El mejor tiempo para ser salvo es ahora.

**Aquellos que ponen sus nombres** participan de las siguientes bendiciones:

**Justificación:** «Ustedes no pudieron ser justificados de esos pecados por la ley de Moisés, pero todo el que cree es justificado por medio de Jesús.» (Hechos 13:39).

**Obtienen paz con Dios:** «En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.» (Romanos 5:1).

**Reciben vida eterna:** «Ciertamente les aseguro que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no será juzgado.» (Juan 5:24).

**Serán guardados:** «Guardados por el poder de Dios.» (1 Pedro 1:5).

**Serán glorificados:** Obteniendo la «salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.» (2 Timoteo 2:10).

**Aquellos que NO ponen sus nombres** y descuidan o rehusan ser incluidos en este «todo aquel» de tan grande salvación, tienen que:

**Ser castigados:** «Ellos sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder.» (2 Tesalonicenses 1:9).

**Perecer:** «Aquel cuyo nombre no estaba escrito en el libro de la vida era arrojado al lago de fuego.» (Apocalipsis 20:15).

Por esto no tardes, pero **ponga su nombre ahora.**

## Pon Tu Nombre AHORA

.....ha pecado, y está destituido de la gloria de Dios (Romanos 3:23). El (Jesús) fue herido por las rebeliones de ....., y él fue molido por los pecados de ..... El castigo de la paz de ..... fue sobre él, y por su llaga ..... fue curado (Isaías 53:5). No quiere que ..... perezca, sino que proceda al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Porque de tal manera amó Dios a ..... que ha dado a su Hijo unigénito, para que ..... creyendo en él, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:16).

## ¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?

Crea en el Señor Jesucristo, y ..... será salvo (Hechos 16:30,31).

Después que seas salvo, hay tres cosas para practicar diariamente para el crecimiento espiritual:

1. **Ora**-Hablas con Dios.
2. **Lee tu Biblia**-Dios te habla.
3. **Testifica**-Tú hablas para Dios.

«A cualquiera que me reconozca delante de los demás, yo también lo reconoceré delante de mi Padre que está en el cielo.» (Mateo 10:32).